

# ELECCIONES EN BRASIL: entre cambio y continuidad

Por ANDRÉ BARROS DE CASTRO

**E**n octubre pasado Brasil fue a las urnas para decidir un proceso sucesorio que se caracterizó por ser el más reñido en los últimos 25 años de la historia del país. Pocas veces los brasileños estuvieron tan divididos en unas elecciones y quien acompañó a los tensos debates entre los candidatos pudo constatar que lo que estaba ocurriendo era un duelo mortal entre grupos políticos que se postulaban como representantes de dos tipos bien diferentes de país ante los más de 140 millones electores.

La presidenta Dilma Rousseff logró triunfar en la segunda vuelta –consumada el 26 de octubre– presentándose como la gestora de un proyecto en curso que ha llevado al país a obtener nuevas conquistas, en especial la rápida inclusión social puesta en marcha por los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT) en los últimos 12 años. En su retórica, la victoria de la oposición significaría el retorno de un proyecto del pasado que creó solo desempleo y bajos sueldos. La presidenta presentó como aval el hecho, homologado por la ONU, de que bajo el gobierno del PT el país salió de la lista de las naciones donde hay hambruna.

Del otro lado del *ring* estuvo el senador Aécio Neves, del Partido de la

Socialdemocracia Brasileña (PSDB), grupo político que gobernó el país durante los ocho años anteriores a la llegada al poder del PT de la mano de Lula da Silva. El discurso opositor le reprochó duramente al gobierno de seguir atado al pasado y comparando el Brasil de hoy a un Brasil que ya no existe. Neves alardeó un proyecto centrado en el deseo de cambiar el país en todo lo que hoy representaría el retroceso capitaneado por el PT y prometió abrir nuevas posibilidades de desarrollo económico con estabilidad social. Según el socialdemócrata, las dificultades por las que pasa actualmente la economía están demostrando que el modelo de crédito fácil y el estímulo al consumo de las clases bajas ya se agotaron y que se hace necesario un cambio de gobierno para que la máquina vuelva a funcionar.

En síntesis, era la confrontación entre pasado y futuro. Las dos posiciones tuvieron fuerza electoral casi pareja, como demostró el resultado de los comicios: Rousseff ganó con poco más de 52 por ciento de los votos. Efectivamente, toda la campaña para la segunda vuelta estuvo marcada por el empate técnico y solo a tres días de las votaciones las encuestas empezaron a revelar una inclinación real de la balanza a favor de la candidata oficialista.

## Polarización artificial

En cierta medida esta igualdad de condiciones entre los dos discursos en el campo de batalla dejaba ver lo artificial y casi caricaturesco que fue el intento de los asesores de imagen de crear una supuesta división entre dos Brasil: uno amarrado al pasado y otro que mira hacia el futuro. La misma polarización ideológica que con evidente exageración fue difundida por algunos medios de comunicación del continente no cobra mucho sentido en la semántica política de los brasileños, donde la dicotomía izquierda y derecha realmente quiere decir muy poco. Todos los expertos más respetados son unánimes en declarar que la sociedad brasileña, a pesar de ser profundamente desigual, no está tan dividida entre casitas blancas y negras, y que basta con esperar un poco más para que todas vuelvan otra vez al gris conciliador.

Lo que llevó al 52 por ciento de los brasileños a votar por la continuidad del PT en el gobierno, ciertamente no tiene nada que ver con una supuesta identificación popular con el socialismo. Esa sería una explicación demasiado simplista para lo que está ocurriendo en Brasil, cuya historia política reciente y el cuadro partidario que a partir de



Dilma Rousseff



Aécio Neves

ella se ha ido formando no caben en reducciones ligeras. Desde luego, no se puede ignorar que los gobiernos petistas han tenido el mérito de haber permitido con sus políticas públicas y sociales novedosas que el mercado de consumo de masas haya aumentado con la entrada de 38 millones de personas en apenas un decenio: la famosa "clase C". Pero tampoco se puede pasar por alto el hecho de que tal proeza es consecuencia de una combinación bastante singular de factores de largo plazo que comprenden un conjunto de estrategias nacionales incluyentes y ambiciosas cuyos orígenes son anteriores al ascenso de Lula al poder.

Porque después de la dictadura militar el PSDB también fue uno de los artífices, junto con el PT, de una concertación política capaz de poner las bases para la consolidación de la economía del país, así como de apuntalar los pilares de la moderna democracia. Como bien recuerda el periodista español Juan Arias, veterano corresponsal de *El País* en Brasil, en un mundo donde los valores democráticos muy a menudo son puestos en tela de juicio en muchas partes, donde crecen odios dentro de una misma nación y con cierta frecuencia surgen líderes y partidos intolerantes, "Brasil tuvo la suerte de contar en la pugna electoral con dos personajes de total respetabilidad, constantes en sus principios democráticos y salidos de dos partidos que juntos han modernizado el país". Brasil no discute entre dictadura y democracia, entre fascismo y libertad. Felizmente, en ese país todavía suena raro hablar de partidos de derecha o de extrema derecha y, entre los que podrían parecerlo, algunos han estado gobernando estos 12 años con el PT.

### Continuidad y cambio

Definitivamente, no fueron los militantes inflamados por ideologías más o menos llanas quienes determinaron el resultado de las elecciones, sino los ciudadanos de a pie que optaron entre los dos modelos propuestos y apostaron a que su elección les garantizara, por un lado, la conservación de las conquistas de los últimos años y, por otro, les

abriera nuevas posibilidades de mejoramiento personal, económico y social. El ciudadano que sale temprano de casa en las grandes ciudades, a veces para un trabajo que no le gusta, y que volverá a su casa a la noche, tras perder horas en el caos del tránsito, y el salario que gana no le basta para acabar el mes; la madre de familia que sale en busca de un mercado de ofertas para gastar un poco menos porque con 100 reales de hoy no compra lo que ayer le costaba 50; el pequeño empresario que se ve ahogado por impuestos y burocracia en los que gasta más tiempo a veces que en realizar su trabajo; el joven que se está abriendo camino en la vida y quiere poder formarse en una buena escuela técnica o en una buena universidad donde lo más importante no sean las luchas políticas, sino una enseñanza de excelencia; el jubilado que ve perder cada año el valor de su pensión; la mayor parte de ese mundo que lucha y pelea por triunfar o simplemente sobrevivir, tuvo motivos para preferir la continuidad y votar por Dilma Rousseff. Sus votos ameritan ser respetados y es para ellos que la presidenta tiene que gobernar.

No será una tarea fácil. Para empezar, la presidenta tendrá que probar en corto plazo que sus promesas de cambio no fueron pura retórica electoral. Y tendrá que hacerlo en un nuevo escenario de poder que le resulta bastante adverso, pues las urnas le negaron al PT la posibilidad de una efectiva hegemonía: perdió 18 diputados en un Congreso pulverizado en 28 partidos. Además, como afirmó Alberto Goldman, vicepresidente del PSDB y coordinador de la Campaña de Aécio Neves, "las alianzas del PT son frágiles desde el punto de vista ideológico y será un reto mantener los apoyos en los próximos cuatro años".

Otro desafío será enfrentar el fin de la bonanza económica. Brasil sufre una declinación en el nivel de actividad, una caída en el precio de las *commodities* y una aceleración inflacionaria que el primer gobierno de Rousseff intentó atenuar con subsidios energéticos que ya no son sostenibles. La presidenta es pragmática y obviamente no incurrirá en el "realismo mágico" que hoy hunde a Venezuela. En el campo diplomático,

por ejemplo, aunque mantenga la prioridad en el eje Sur-Sur, es probable que se acerque otra vez a Estados Unidos. Pero tendremos que esperar para ver si promoverá algún *shock* de productividad. Es posible que, al contrario, su fe en la intervención estatal le lleve a aumentar los gastos públicos, lo cual incrementaría el déficit.

Dilma Rousseff también tendrá que enfrentar el escándalo de corrupción en la gigante empresa Petrobrás, que involucra a por lo menos un centenar de funcionarios de la compañía y a más de 35 políticos en actividad, la mayoría de su partido o de su base de apoyo. La presidenta ha asegurado que desea que se hagan públicas todas las denuncias para que ella pueda tomar las medidas necesarias. Es una decisión correcta, pues si la corrupción corroe la democracia, no es menos grave la impunidad que envuelve los escándalos bajo un blindaje protector. Veremos si logra romper este poderoso *iceberg* y evitar la salida fácil, largamente utilizada por algunos de sus colegas latinoamericanos, de acusar la prensa de conspiración contra la estabilidad del gobierno. Como puntualizó Juan Arias, "tan grave como la impunidad sería el seguir condenando al mensajero (la prensa) por destapar la corrupción, en vez de colocar ante los jueces a los que han sido descubiertos con la masa en las manos o en sus bolsillos".

En fin, los brasileños le piden a su presidenta que sea capaz de mirar hacia adelante y de reconocer que en política nadie tiene el monopolio de lo absoluto. Al final la democracia es poder optar en absoluta libertad. Cada uno, con su voto, puede escoger bajo qué techo prefiere seguir protegido para mejorar su vida, a sabiendas de que no existen soluciones milagrosas, pero sí algunas que, en cada momento histórico, le resultan más adecuadas a su presente. Y todo eso sin que nadie sea considerado ni como traidor ni como desagradecido. La vida democrática y ciudadana implica necesariamente la posibilidad de escoger y hasta el riesgo de equivocarse. Si salimos de sus márgenes caemos entonces en el totalitarismo.